

## Epílogo

Después de todo, la cuerda floja sigue temblando bajo nuestros pies; y cada paso, cada tambaleo, es un recordatorio de que el equilibrio no es un destino sino un acto de fe, voluntad y valentía para fluir con lo que llegue a nuestras vidas.

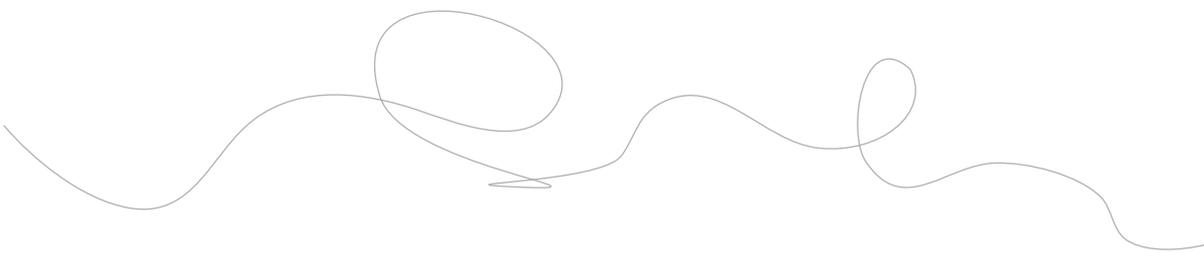
Hemos danzado con el caos, hemos desafiado a los pastores celestiales, hemos rugido como lobos en un cosmos que prefiere a los borregos. Y, sin embargo, aquí estamos: fragmentados y reparados con imperfecciones, pero vivos, al fin y al cabo. No hay victoria en esta danza, ni derrota en este juego. Los dioses, los demonios, la luz y la oscuridad no son más que reflejos de lo que cargamos dentro de nosotros mismos.

¿Héroes o villanos? Tal vez nunca sabremos si fuimos, somos o seremos; y tal vez no importe, pues todo depende de la perspectiva. En ocasiones es necesario destruir para poder crear y, en ese sentido, la muerte es lo que da verdadero sentido a la vida, por eso hemos aprendido a no temer la caída, porque caer en lo profundo es solo otra forma de volar.

El universo seguirá en constante movimiento, con sus leyes y configuraciones. Pero nosotros, los que elegimos ser errores en el sistema, somos la chispa de ignición que no se puede apagar. No somos comienzo, ni final, somos el instante en el que observamos nuestra realidad y con una gran sonrisa, retamos al destino desafiando todas las probabilidades de ganar... o perder.

Que el cosmos nos mire. Que tiemble. Porque, en nuestra imperfección, hemos encontrado algo que los dioses envidian: la libertad de ser.





## Sobre el autor

Nací bajo el cielo tropical de Medellín, un 24 de septiembre de 1982, en una familia donde la fe católica y la austeridad tejían el ritmo de nuestros días. Esa dualidad entre lo espiritual y lo terrenal marcó mi camino: soy artista visual que escribe relatos, publicista que diseña estrategias, y maestro universitario que aprende de sus estudiantes. Actualmente, mientras curso un Master doble en Project Management y Digital Business -y atesoro mi formación en Innovación del MIT, junto a un MBA en Finanzas de años atrás-, descubro que cada esquina de este recorrido multidisciplinar late en las páginas de mi obra.

Mi neurodivergencia -TDAH y TEA Trastorno del Espectro Autista diagnosticado en la adultez- funcionó como un prisma que fracturó la luz del sol para crear patrones narrativos únicos. El Yoga, disciplina que decidí aprender como maestro certificado y filosofía que quise adoptar como camino de vida, me permitió hallar la calma para estructurar el caos creativo. Así se gestó este libro durante varios años: entre pausas pandémicas que congelaron el mundo exterior, pero aceleraron mis tormentas internas, entre bloqueos creativos que duraban meses y epifanías que estallaban en medio de la ansiedad, la depresión y una gran crisis emocional.

Las historias cortas que publiqué antes -esas “pruebas de sondeo” en convocatorias públicas- fueron los ladrillos para construir este universo literario. Aquí convergen el *storytelling* que enseñé a mis alumnos, los arquetipos del viaje del héroe que analicé en talleres de arte, y esa obsesión por conectar hilos invisibles, que heredé de mis estudios en el MIT. Cada

crisis emocional durante el proceso, cada momento de desinterés abrupto, terminó siendo un pliegue necesario en el mapa de esta travesía. Hoy, al compartirla, reconozco las cicatrices del camino, no como heridas, sino como surcos donde, alguna vez, brotaron semillas de historias.

